

Pues ¿porqué me he de afligir por un accidente que no es cosa mala? Algunas veces puede mas la tristeza que las maximas, que los principios de la religion; pero las reflexiones cristianas disipan mas presto la mas negra, la mas sombría tristeza. No hay otro mal verdadero que el pecado; y morir en pecado es el colmo de todas las desdichas, es el supremo mal. Sea esta gran verdad la materia mas comun de tu meditacion.

DIA VEINTE Y TRES.

SAN CLEMENTE, PAPA Y MÁRTIR.

Fué san Clemente tan distinguido por el esplendor de su ilustre nacimiento, que estaba emparentado con los emperadores romanos. Todo era grande en este santo; el origen, la dignidad, las virtudes, la doctrina. Su padre, que era senador, se llamó Faustino, y su madre Matridia. El palacio de estos señores estaba en el monte Celio. Tardó poco Clemente en añadir al esplendor de su cuna el de su mérito personal; y haciéndose mas hábil en el estudio de las letras humanas, llegó á poseer con perfeccion la lengua griega. Pero faltábale el conocimiento de las verdades de la fe cuando, por grande dicha suya, entraron en Roma san Pedro y san Pablo, de quienes se hizo discipulo, y le instruyeron en las verdades de la religion aquellos dos grandes maestros de todo el universo. Adelantó tanto en ella, que san Pablo le apellidó su coadjutor en la predicacion del Evangelio, hombre escogido de Dios, cuyo nombre estaba escrito

en el libro de la vida. No se sabe á punto fijo si sucedió en el pontificado inmediatamente á san Pedro, aunque en sentir comun de la Iglesia parece ser que san Lino y san Cleto le precedieron en el gobierno de toda ella. Llevó al trono pontificio la inocencia, habiendo conservado toda la vida su pureza virginal. Durante su pontificado, sucedió entre los fieles de Corinto una desgraciada division que hizo mucho ruido. Habia florecido grandemente aquella iglesia por el ejercicio de las virtudes cristianas y por su ejemplar edificacion desde que el apóstol san Pablo la habia fundado; pero no perseveró en su primitivo fervor. Turbó su paz la emulacion de algunos particulares, y se lloró despedazada con un funesto cisma que se formó dentro de su mismo seno. Viendo los fieles de Corinto los progresos que iba haciendo aquel incendio fatal, imploraron el auxilio de otras iglesias para cortarle, y se dirigieron principalmente á la de Roma, que se hallaba á la sazón en lo mas vivo de sus tribulaciones. Luego que Dios restituyó la paz á esta iglesia con la muerte del perseguidor que la agitaba, convirtió san Clemente su atencion á los Corintios, y les escribió aquella célebre y admirable carta que tanto alabaron y ponderaron los padres, siendo uno de los mas preciosos monumentos de la antigüedad. Está escrita con tan delicada mezcla de fortaleza y de suavidad, que, corrigiendo el mal, hace amable el remedio. En ella resplandece la prudencia y la dulzura; habla la caridad apostólica, y su estilo es natural, claro, perspicuo, sin artificio, despojado de todo adorno extraño y forastero. Dice san Ireneo que con aquella epístola restableció san Clemente la fe y la caridad entre los hermanos de Corinto, y les anunció la tradicion que ya habian recibido por el ministerio de los apóstoles. Al mismo tiempo que el santo pontífice estaba todo dedicado á solicitar la salvacion de

su rebaño con el desvelo que correspondía á la dignidad y á la obligacion de pastor universal, se levantó una furiosa persecucion contra su sagrada persona como cabeza de todos los cristianos. Fué citado, y se vio precisado á comparecer delante del prefecto del pretorio. Rogóle Mamertino (asi se llamaba el prefecto) que no quisiese echar un feo borron en la reputacion de su esclarecido nombre, que apaciguase al pueblo, y ofreciese incienso á los dioses. Fué su respuesta muy correspondiente á su fe; ni se podia esperar otra cosa que una respuesta llena de fortaleza de un hombre que estaba sentado sobre la sólida piedra de la santa silla apostólica, y una respuesta llena de dignidad, del que ocupaba la mayor y la primera de toda la Iglesia. Dió parte Mamertino al emperador Trajano de la resolucion del pontífice, y Trajano le desterró. Quiso Mamertino hacer otra tentativa, y como el último esfuerzo para reducir al santo papa; pero el generoso confesor le respondió constante y resueltamente que ni el destierro ni la muerte le harian nunca adorar á los dioses del imperio; y aun el mismo san Clemente hizo algunas tentativas para ganar al prefecto, y si no lo consiguió, á lo menos le inspiró una tierna y compasiva inclinacion á los cristianos. Desterróle al Quersoneso no sin mucho dolor suyo; y cuando el santo se despidió de él, se enterneció Mamertino, y derramando algunas lágrimas, le dijo: Espero que el Dios que adoras no te abandonará en tu desgracia, consolándote y dándote fuerzas para sufrir el destierro que padeces por su gloria. Fué despues conducido á la isla del Quersoneso Táurico, donde le condenaron á trabajar en las minas. Un papa, por su nacimiento agosto, por su dignidad recomendable, por sus méritos ilustre, venerable por sus canas, y mucho mas por la santidad de su vida, baja á aquellas profundas espantosas cavernas, y se

ve precisado á cavar la tierra como un miserable delincuente, á regarla con el sudor de su rostro, y ocupar en aquel afrentoso ejercicio el tiempo destinado para gobernar el rebaño de Jesucristo y toda su Iglesia. Pero ¿qué haria el santo pontífice en tan dura extremidad? ¿quejarse de tan injusto proceder? Muy lejos estaba de quejarse el que sabia muy bien que en padecer mucho consistía la mayor gloria de su religion. Túvose por muy feliz en participar de los trabajos de los fieles, llamándolos su corona en el estilo del Evangelio: porque, con efecto, los trabajos son aquellas piedras preciosas que componen las coronas inmortales con que brillan los bienaventurados en el cielo. ¡O Dios, y qué diferentes son los pensamientos de los santos comparados con los nuestros! Cuando les envias aflicciones, besan la mano que los hiere, sin que en su boca ni en su corazon se oiga otra voz que esta: *Sea Dios bendito*. Pero cuando nos visitais á nosotros con tribulaciones, ni del corazon, ni de la boca se nos caen jamás sentidas quejas y amarguisimas palabras: están tan achacosos los ojos de nuestra fe, que nunca miramos las desgracias temporales como favores de vuestra mano; y sin embargo, es muy cierto que el Dios que nos azota es el Dios que nos ama. Encontróse san Clemente en su destierro con dos mil cristianos, á quienes ninguna cosa atormentaba tanto como el insoportable ardor de la sed que los abrasaba. Era aquel lugar tan árido y tan seco, que entre aquellos peñascos, enriquecidos con tantas venas de plata y oro, no se encontraba ni una sola vena de agua, siendo preciso traerla con gran fatiga de un sitio muy distante. Movido nuestro santo del trabajo y de las lágrimas de aquellos ilustres desterrados, se volvió al Señor, y le suplicó se compadeciese de aquellos sus fieles siervos en tan extrema necesidad. Fué oida su oracion; y apareciéndosele Jesucristo en fi-

gura de un cordero, le señaló con el pié una fuente de agua viva, que, brotando de repente de una peña, aumentó el respeto y la veneracion que ya profesaban todos al nuevo Moisés; y acudiendo de todas partes á ser testigos del prodigio, se convirtieron los infieles á la fe. Informado de esto el emperador Trajano, despachó al presidente Aufidio para que hiciese volver al culto de los ídolos á los que se habian hecho cristianos en vista de aquel portentoso; pero á todos los experimentó incontrastables. Derramaban su sangre, pero mantenian su fe. Despues que el ministro del emperador sacrificó muchas de aquellas sagradas víctimas, viendo que cada uno se presentaba voluntariamente á la muerte, prodigio ó desperdiciador de su vida, le pareció mas acertado perdonar á la muchedumbre, y castigar únicamente á la cabeza. Habló, pues, á san Clemente; instóle para que sacrificase á los dioses; acaricióle, amenazóle para convertirle; pero ¿qué pueden las amenazas ni las caricias contra un mártir que tiene impreso en su corazon el amor de Jesucristo? Así, pues, viendo que nada adelantaba, usando de su autoridad, dió sentencia de muerte contra el santo; y para que no quedase entre los fieles reliquia suya que pudiese consolarlos, mandó que le arrojasen en el mar con una grande áncora al cuello, pareciéndole se olvidarian presto de un hombre de quien no quedaba cosa que pudiese excitarles la memoria, como si el milagro de la fuente que brotó repentinamente del peñasco no fuese eterno monumento del poder del santo mártir. Fué, pues, precipitado en el mar á vista de sus queridos hijos, que con los ojos y con el corazon seguian á su amado padre. Pero ¿qué puede el poder de los hombres contra el poder de Dios? Mientras los cristianos, consternados y afligidos, lamentaban la gran pérdida que acababan de padecer, Cornelio y Probo,

discípulos del santo pontífice, dijeron á los demás: *Hagamos oracion á Dios, hermanos míos, para que se digne descubrirnos las reliquias del santo mártir*: y hete aquí que, mientras estaban en oracion, la mar se retiró hacia adentro, dejando el suelo enjuto y libre para que todos los que quisiesen pudiesen ir á visitar el milagroso sepulcro que el Señor habia preparado al santo mártiren medio de las ondas y en el profundo de su abismo. Asombrados del prodigio, comienzan á caminar á pié enjuto por el lecho que ocupaban antes las aguas, y se hallan con un templo de mármol, fabricado por mano de ángeles, un sepulcro en que estaba el cuerpo de san Clemente, y al lado de él la angora con que fué arrojado al mar. Mas fácil es concebir que declarar el asombro que sobrecogió á todos los fieles á vista de aquel portentoso. Ya estaban resueltos á retirar de allí el cuerpo del santo mártir, cuando por medio de una vision les avisó el cielo que no tocasen á él, con la seguridad de que todos los años se repetiria el prodigio, retirándose la mar por espacio de siete dias para que todos lograsen el consuelo de visitar el cuerpo del santo á su satisfaccion. Cumpliöse así puntualmente con tanta utilidad de los que fueron testigos de aquella maravilla, que no quedó en todo aquel país ni hereje, ni judío, ni pagano. Pero sucedió otro prodigio que todavia contribuyó mas á la propagacion de la fe. Un hombre devoto con su piadosa mujer y un hijo único que tenian fueron á tributar sus respetos al santo mártir en su milagroso templo, en el que se detuvieron muy despacio; pero como ya iba declinando el dia séptimo, y se acercaba la hora en que el mar habia de volver á su curso ordinario, se salieron del templo, dejándose en él la prenda que mas amaban, esto es, á su querido hijo, disponiendo el cielo con particular providencia un olvido que no parecia natural. Ya el mar habia ocu-

pado su acostumbrado lecho cuando los padres del niño cayeron en cuenta de su descuido. No tuvieron otro remedio que retirarse á su casa con el corazón traspasado de dolor. Pasóse el año, y acercándose la fiesta del santo, se dijeron el uno al otro aquellos devotos padres del nuevo Moisés: *Vamos á visitar el sepulcro del glorioso san Clemente, y recogeremos los huesos de nuestro querido hijo.* Diéronse priesa á caminar, y llegaron los primeros á la orilla, corriendo apresurados al sepulcro del santo luego que el mar se retiró, seguidos de otros muchos que no caminaban con tanta celeridad. Apenas entraron en el templo cuando vieron á su hijo vivo, sano, robusto, y con la mas cabal salud. Tanto embarga la voz un excesivo gozo como un excesivo dolor, y así quedaron los dos por largo rato como mudos, atónitos y asombrados sin conocerse el uno al otro; pero al fin volviendo en sí de aquel extático pasmo, fué su primer desahogo prorumpir en gracias, bendiciones y alabanzas de la grandeza de Dios, de su mayor gloria y del poder de nuestro santo. Este prodigio lo refiere san Efrén, obispo de la ciudad de Georgia; lo repite san Gregorio Turonense; y el cardenal Baronio en sus anales asegura ser tales y tan auténticas sus pruebas en toda la antigüedad, que no hay el mas leve fundamento para ponerle en duda.

MARTIROLOGIO ROMANO.

La fiesta de san Clemente, papa, el tercero que surbió al pontificado despues de san Pedro. Habiendo sido desterrado este santo al Quersoneso en la persecucion de Trajano, y luego precipitado al mar con una ancora atada al cuello, recibió la corona del martirio. Su cuerpo, trasportado á Roma en el pontificado de Nicolao I, fué colocado honorificamente

en la iglesia que antes de este tiempo habia sido edificada con su nombre.

En Roma, santa Felicitas, madre de siete hijos mártires, y ella tambien lo fué despues de ellos, habiendo sido decapitada por orden del emperador Marco Antonino.

En Mérida de España, santa Lucrecia, virgen, quien, durante la persecucion de Diocleciano, completó su martirio bajo el presidente Daciano.

En Cicco en el Helesponto, san Sisino, mártir, quien, despues de muchos y multiplicados tormentos, fué decapitado durante la misma persecucion.

En Icona de Licaonia, san Anfiloquio, obispo, quien habiendo sido compañero de san Basilio y de san Gregorio Nazianzeno, en el desierto, fué con el tiempo su colega en el obispado. Brilló mucho por su saber y la santidad de vida; y despues de haber defendido con denuedo la fe católica, murió por último en la paz del Señor.

En Girgenti de Sicilia, el tránsito de san Gregorio, obispo.

En el país de Hasbain, san Tron, presbítero y confesor.

En Mantua, el bienaventurado Juan el Bueno, del orden de los eremitas de san Agustin. Su edificante vida fué escrita por san Antonino.

En París, el tránsito de san Severino, solitario.

Cerca de Lons le Saulnier en el Franco Condado, san Laman, venerado con el título de mártir en aquel país.

En Chabris del rio Cher cerca de Celles en el Berri san Faliero, confesor.

En Cateau Cambresis, san Saro, presbítero.

En la diócesis de Reims, san Goberto, confesor.

En Nivelles, santa Vilfetrudis, virgen, abadesa.

En San Gal en Suiza, santa Raquilda, virgen, reclusa, instruida por santa Guiborata

Entre los Griegos, san Isquirion, obispo y confesor.

En Spoleto, san Spé, obispo.

En Quieti en el reino de Nápoles, san Urbano, confesor.

En los confines de Egipto y de Etiopia, san Teclahawarjato, confesor.

En el mismo lugar, san Gabrajuan.

En Pescara en Italia, san Guion, abad de Casaura.

En Alba en Mont Ferrat, la bienaventurada Margarita de Saboya, viuda del marqués de Mont Ferrat, religiosa de santo Domingo.

La misa es en honor del santo, y la oracion la que sigue :

Deus, qui nos annua beati Clementis martyris tui atque pontificis solemnitate lætificas; concede propitiüs, ut cujus natalitia colimus, virtutem quoque passionis imitemur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que cada año nos colmas de alegría en la festividad de san Clemente papa y mártir; concédenos benigno que imitemos la virtud de la paciencia en aquel cuya fiesta celebramos. Por nuestro Señor...

La epistola es del cap. 3 y 4 de la del apóstol san Pablo á los Filipenses.

Fratres : Imitatores mei estote, et observate eos qui ita ambulat, sicut habetis formam nostram. Multi enim ambulat, quos sæpè dicebam vobis (nunc autem et flens dico) in mícos crucis Christi: quorum finis interitus : quorum Deus venter est, et gloria in confusione ipsorum, qui

Hermanos : Sed mis imitadores, y observad aquellos que caminan segun el ejemplar que tenéis en nosotros, porque muchos de los que os he hablado muchas veces (y aun ahora os hablo con lágrimas) se portan como enemigos de la cruz de Cristo; de los cuales el fin es

terrena sapiunt. Nostra autem conversatio in cælis est : unde etiam Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostræ, configuratum corpori claritatis suæ, secundum operationem, qua etiam possit subijcere sibi omnia. Itaque, fratres mei charissimi, et desideratissimi, gaudium meum, et corona mea : sic state in Domino, charissimi. Evodiam rogo, et Synthychem deprecor, idipsum sapere in Domino. Etiam rogo et te, germane compar, adjuva illas, quæ mecum laboraverunt in Evangelio cum Clemente, et cæteris adjutoribus meis, quorum nomina sunt in libro vitæ.

la perdicion, y su Dios el vientre, y su gloria está en su confusión, los cuales tienen apego á las cosas terrenas. Pero nuestra conversacion está en los cielos, por lo cual esperamos tambien al Salvador nuestro Señor Jesucristo, el cual transformará el cuerpo de nuestra bajeza para que sea conforme al cuerpo de su gloria con aquel poder con el cual puede sujetar á sí mismo todas las cosas. Y así, hermanos míos muy amados y carísimos, mi alegría y mi corona, permaneced de esta manera en el Señor, amantísimos. Ruego á Evodia y suplico á Sintiques que tengan los mismos sentimientos en el Señor. Tambien te ruego á tí, ó compañero fiel, que las ayudes, pues ellas han trabajado conmigo por el Evangelio, juntamente con Clemente y los demás coadjutores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida.

NOTA.

« Siempre conservó san Pablo mucho amor á las filipenses Evodia y Sintiques, de quienes habla aquí el Apóstol : eran dos mujeres muy virtuosas de Filipos que le habian ayudado mucho en la introduccion del Evangelio; porque en aquellos países donde las mujeres no se dejan ver en público, como en la Grecia y en casi todo el Oriente, no se puede trabajar en

su conversion sino por medio de otras del mismo sexo que las instruyan en particular, y este es el zelo que a'aba el Apóstol en Evodia y Sintiques. »

REFLEXIONES.

Cuyo fin es una muerte infeliz, cuyo vientre es su Dios, y cuya gloria cede en mayor confusion de los que solo gustan de las cosas de la tierra. ¡Cuántos y cuántas se pueden ver á sí mismos en este fiel retrato! Lleno está el mundo el día de hoy de falsos cristianos cuya religion es de perspectiva, no mas que por bien parecer, un fantasma ó estafermo de religion, ocupando en ellos el espíritu del mundo aquel lugar que debiera llenar el espíritu de Jesucristo. Miran estos las máximas del Evangelio con los mismos ojos con que los paganos miraban nuestra doctrina, que era escándalo para los judios, locura y necedad para los gentiles. Valga la verdad : ¿Qué fe, qué religion es la de aquellas personas mundanas que solo toman gusto á las cosas de la tierra? ¿cuyas costumbres, cuyas máximas, cuya conducta es tan contraria al espíritu de Jesucristo? Entregados á sus propios deseos, esclavos de sus brutales pasiones, guiados de sus alucinados sentidos, ¿qué reglas se propondrán para gobernarse con acierto? ¿qué es lo que hoy se estima, qué es lo que se aplaude en el mundo? ¿de qué se hace gloria y vanidad? ¿en qué se coloca la dicha, la felicidad y la fortuna? No hay mas que consultar á esos idólatras de las diversiones, de los banquetes y de los pasatiempos; á esas mujeres del gran mundo, cuyas costumbres son tan parecidas á las costumbres de las mujeres paganas, y cuya vida se desvía tan poco de la suya. No hay mas que atender á la materia mas comun de las conversaciones, de los corrillos, de las visitas y de los concursos en que bri-

lla la profanidad mas escandalosa, la licencia mas desenmascarada, y el espíritu del mundo mas á cara descubierta. ¡Ah! que el desórden ha llegado á tal punto, que se hace gala del mismo deshonor. Se hace profesion de ser menos cristiano, y como que se avergüenzan algunos de obedecer á las mas sagradas leyes de la Iglesia. Los ejercicios espirituales, las devoriones, los actos públicos de religion no son del gusto de las personas mundanas. La delicadeza, el orgullo, la ambicion, el refinamiento en las diversiones y en los pasatiempos, la altanería, la vanidad y la desenvoltura, estos son los principales rasgos que hoy caracterizan en el mundo á la mayor parte de los que se llaman cristianos. ¿De cuántos se podrá decir que no reconocen otro Dios que sus riquezas, que su ambicion, que sus gustos, que sus diversiones, que su vientre? Pero ¿cual será su destino? Ya le anuncia san Pablo sin ambigüedad, sin disimulo : una muerte infeliz y desgraciada : *Quorum finis interitus.*

El evangelio es del capítulo 24 de san Mateo.

In illo tempore, dixit Jesus discipulis suis : Vigilate ergo, quia nescitis qua hora dominus vester venturus sit. Illud autem scitote, quoniam si sciret paterfamilias qua hora futurus esset, vigilaret utique, et non sineret perfodi domum suam. Ideo et vos estote parati : quia qua nescitis hora filius hominis venturus est. Quis putas est fidelis servus et prudens, quem constituit dominus suus super familiam suam, ut det illis cibum in tempore? Beatus ille servus, quem, cum venerit

En aquel tiempo, dijo Jesus á sus discípulos : Velad porque no sabeis en qué hora ha de venir vuestro señor. Sabed, pues, esto, que si el padre de familia supiera la hora en que habia de venir el ladron, velaria ciertamente, y no permitiria minar su casa. Por tanto estad tambien vosotros prevenidos, porque el Hijo del hombre vendrá en la hora que no sabeis. ¿Quién piensas es el siervo fiel y prudente á quien su señor constituyó sobre su familia para que les dé á tiempo el sustento?

dominus ejus, invenerit sic facientem. Amen dico vobis, quoniam super omnia bona sua constituet eum.

Bienaventurado el siervo, á quien su señor, cuando venga, encuentre obrando de esta manera. Os digo de verdad que le dará la administracion de todos sus bienes.

MEDITACION.

NO HAY ESTADO MAS PELIGROSO PARA LA SALVACION QUE EL DE LA TIBIEZA.

PUNTO PRIMERO.

Considera que por estado de tibieza se entiende la disposicion de una alma que se ciñe precisamente á evitar las culpas graves, y que hace poco ó ningun aprecio de las faltas lijeras, las que comete con frecuencia, sin reparo, sin temor y sin remordimiento; de una alma que hace los ejercicios espirituales con negligencia, que reza y ora sin atencion, que frecuenta las confesiones sin enmienda, las comuniones y misas sin fervor, y hace todas sus devociones sin fruto. En semejante estado mira el alma el ejercicio de las grandes, de las heróicas virtudes con una indiferencia, que degenera presto en disgusto. Siente no sé qué desmayo en el servicio de Dios que la inclina á hacer todas las cosas con flojedad y con descuido. El desmayo pasa muy en breve á flaqueza, y esta llega á ser tanta, que le hace duro, pesado, insoportable el yugo del Señor. En semejante lastimosa constitucion se expone sin escrúpulo á ocasiones peligrosas, se derrama indiferentemente el espíritu á todo género de objetos, y el corazon se entrega casi sin remordimiento á mil perniciosos deseos. Entonces si se hace alguna cosa buena es solo por bien parecer, por

costumbre, por inclinacion natural, por humor ó por capricho. Se asiste como de cumplimiento á ciertos actos piadosos á que precisa la obligacion; y como se guarden ciertas medidas, como se observen ciertas exterioridades de religion que bastan para evitar la nota y la reprehension de los que deben zelar su observancia, se hace poco caso de agradar ó no agradar á Dios, ó, por mejor decir, apenas se hace cosa que no le desagrade. Se deja facilmente inducir el alma á cometer todo género de culpas veniales con pleno conocimiento y con toda deliberacion, haciendo con tedio y con disgusto aquellos ejercicios espirituales, de que no se puede dispensar. Se trata con desvio, y se mira con no sé qué secreta aversion á las personas virtuosas; porque su virtud es una importuna censura, su fervor una muda pero penetrante reprehension de la tibieza. Solo se gusta de tratar con los imperfectos, y se siente cierta oculta propension hácia los menos observantes. Agrada mucho su conversacion, y se celebran sus chanzonetas, sus zumbas, sus satiricas mordacidades contra los devotos y contra los que ellos llaman *beatos*. Gústase de los imperfectos, que por sus modales libres ó poco religiosos autorizan la relajacion. De aquí nacen aquellas amistades particulares siempre perniciosas á esos imaginarios amigos; de aquí aquellas insulsas bufonadas con que se burlan de la escrupulosa puntualidad de los buenos; bufonadas que acaban de sufocar enteramente la poca semilla de devocion y de piedad que habia quedado en aquella pobre alma. Para colmo de su desgracia se forma allá una conciencia, á cuyo abrigo una persona, que por otra parte frecuenta los sacramentos, alimenta dentro de su corazon aversiones secretas, emulaciones llenas de veneno, peligrosas y aun acaso pecaminosas inclinaciones, cierto espíritu de amargura y de murmuracion contra los superiores, un

fondo de orgullo y de amor propio que se derrama en casi todas las acciones de la vida. Imagina estado mas peligroso, mas pernicioso ni mas digno de lastima para la salvacion.

PUNTO SEGUNDO.

Considera en cuánto peligro está la salvacion de una alma que se halla en tan lastimoso estado. La pobre ni aun siquiera conoce el peligro; pues ¿por qué milagro se retirará de él? Juzga que se halla en buen estado; ¿por dónde pensará en pasar á otro? Confiesa, si, que no se siente con el mayor fervor, que su amor de Dios no es el mas fino y el mas ardiente; pero está muy lejos de pensar que se halla en desgracia de Dios, y ordinariamente se halla. Desengañémonos; rarisima vez está una alma por largo tiempo en la tibieza sin que esté en pecado mortal; no porque los pecados veniales que comete sin escrúpulo lleguen nunca á ser mortales, sino porque es moralmente imposible que el alma viva por largo tiempo en una tibieza, en una indevacion y en una infidelidad habitual sin que caiga en alguna culpa mortal. Es para ella sumamente fácil el consentir en un mal pensamiento. Una alma tibia, privada por culpa suya de aquellos especiales auxilios que son tan necesarios para resistir á las violentas tentaciones, los cuales, por lo regular, solamente los concede Dios á las almas fervorosas, ¿saldrá siempre victoriosa de los lazos, de los malignos artificios del enemigo de la salvacion, continuamente en centinela, perpetuamente alerta para sorprender la plaza? No nos engañemos: vivir habitualmente en estado de tibieza, y conservar par largo tiempo la inocencia, es una quimera en buena filosofia cristiana. Toda la diferencia está en que un pecador claro y descubierto, un liber-

tino de profesion conoce que está en desgracia de Dios, y una alma tibia, que acaso lo está mas, se imagina erradamente en su amistad; por cuya razon dijo el Señor que en su servicio era menos malo ser enteramente frio, que tibio ó indiferente. Menos dificultosa es la conversion de un gran pecador, que la de una alma tibia. Hay pocas señales mas ciertas de reprobacion que este estado de flojedad, de cobardía, de indevacion y de indiferencia. Se ven hombres malvados, que vuelven sobre si, y se enmiendan de su dissolution; pero pocas almas indevotas y tibias se ven que se corrijan de su tibieza.

Conozco, Señor, que es menester un milagro de vuestro poder y de vuestra misericordia para hacerme salir de este infeliz estado de tibieza en que por tanto tiempo he vivido; pero espero con la mayor confianza que obraréis este milagro por vuestra pura bondad, y por la intercesion de mi singular protectora, vuestra querida madre, la santisima Virgen Maria. Reconozco el peligro de este desgraciado estado en que me hallo; preveo muy bien todas sus funestas consecuencias, y esta es visible señal de que Vos queis sacarme de él. Concededme, Señor, vuestra gracia, pues con ella quiero salir de él desde este mismo momento.

JACULATORIAS.

Viam mandatorum tuorum cucurri: cum dilatasti cor meum.

Dignaos, Señor, de dilatar mi corazon, y desde el mismo punto correré, volaré por el camino de vuestros santos mandamientos.

Concupivit anima mea desiderare justificationes tuas in omni tempore. Salm. 118.

Ansiosamente desea mi alma observar con fervor los

justos preceptos de tu santa ley por todo el espacio de mi vida.

PROPOSITOS.

1. No hay estado mas peligroso ni tampoco le hay mas comun, aun en aquellas personas que hacen profesion de virtuosas, que el estado de tibieza. Es, por decirlo asi, una enfermedad popular, con la cual nos domesticamos; pero que no por eso deja de ser menos mortal. Es una calentura lenta que no estorba las funciones ordinarias de la vida; pero apenas hay quien se liberte de ella. Vase consumiendo poco á poco el enfermo por largo espacio de tiempo, y al cabo se muere. Aplica desde hoy todos los remedios posibles para cortar este mal. Da principio á la cura haciendo tus diarios ejercicios espirituales con nueva atencion, con nueva exactitud, con nueva devocion y con nuevo fervor. Al principio te arrastrará tras si la mala costumbre que tienes de hacerlos sin atencion y sin gusto; pero tente firme, y haz frente á esa mala costumbre. Comienza por la puntualidad de hacerlos todos á su tiempo, y pasa despues á hacerlos con nuevo respeto y de rodillas, si esto te fuere posible. En fin, haz todo lo que está de tu parte, que la gracia hará lo demás.

2. Desviate del trato de los tibios y de los imperfectos: la tibieza es una enfermedad contagiosa que facilmente se pega. Rompe toda amistad particular, que es la peste de las comunidades; y vuelve desde hoy á todas las devociones, á todos los ejercicios espirituales que dejaste. Sobre tódo, aplicate con particular atencion á sacar fruto de la frecuencia de sacramentos; y si eres sacerdote, á celebrar con provecho y con respetuosa devocion el santo sacrificio de la misa. Insensiblemente se va dejando la preparacion y las gracias despues de ella. Acostúmbrase uno á ha-

cer sin devocion aquello que hace todos los dias. Remedia desde luego tan gran mal. Prepárate siempre con cuidado y con nuevo fervor para comulgar ó para celebrar el tremendo sacrificio. Ejecuta estos dos grandes actos con toda la religion que inspira una viva fe; y nunca omitas las gracias, tanto en la forma, como en el tiempo que debes emplear en ellas. Con el mismo zelo te has de llegar al sacramento de la penitencia: siempre te has de confesar como si supieras con certeza que aquella habia de ser tu última confesion. El retiro espiritual de un dia cada mes es uno de los medios mas propios y mas eficaces para salir del estado de tibieza: jamás debes omitir esta santa costumbre. Por lo menos emplea una vez á la semana algun espacio de tiempo en la meditacion de la muerte. No hay remedio mas saludable contra los desalientos del alma en el servicio de Dios: no hay ejercicio mas provechoso ni mas seguro. Ninguna cosa has de despreciar cuando se trata de tu eterna salvacion, ó de tu condenacion eterna. ¿Qué necesidad tienes de otro motivo mas poderoso?

DIA VEINTE Y CUATRO.

SAN CRÍSOGONO, MÁRTIR.

Las actas de este santo mártir nada nos dicen de su nacimiento, ni de sus empleos, ni de lo que hizo en su primera juventud. Todo lo que por ellas podemos saber es, que tenia un gran zelo de la gloria del Señor, y que, estimulado fervorosamente de él, inspiró en santa Anastasia un gran fondo de virtud. Fué preso en la sangrienta persecucion de Diocleciano, y estuvo dos años en la carcel padeciendo incomo-